

—¿Cómo llegas hasta aquí con tanta irreverencia sin previo anuncio y sin permiso?—preguntó á su vez Venegas.

—Porque ya sabéis que soy un perro, y he preferido desacataros á perderos.

—¿Qué sucede?—preguntó Hacem.

—Que Granada está insurrecta—respondió el nubio.

—Se habrá levantado como suele el inquieto Albaicín contra los gomeles ó los zegríes—dijo el Sultán alzándose de hombros.

—No; se ha levantado casi toda la ciudad.

—¡Cá!—respondió el Sultán.

—Aixá ha movido los ánimos.

—Ya sabrá Aixá quién es Hacem.

—Corre el rumor de que una hada siniestra ha resucitado á una esclava cristiana; y que esta esclava cristiana te ha traído aquí, para hechizarte primero, y luego convertirme á la religión de los infieles.

—¿Y hay quien crea semejantes majaderías?

—Las cree todo un pueblo—respondió el georgiano.

—Espantoso rumor se oye—dijo el vizir.

—Ya te he dicho que tienes el gobierno; sácame, pues, del apuro—dijo el Sultán al vizir.

—Pues comienza como de perlas mi reinado—exclamó el vizir.

—Algún mal ha de ir mezclado á tanto bien.

Y el Sultán dejó á sus interlocutores y se dirigió al mirador de su Zoraya.

CAPÍTULO XII.

Granada se conmueve hasta en sus cimientos con la desaparición del rey en tiempo de tanto peligro. Las palabras de Aixá transmitidas por alfaquíes y santones, producen superstición grandísima en pueblo de natural supersticioso. Los astrólogos leen allá en los cielos sus señales; miran los adivinos las rayas de las manos; recitan los agoreros siniestros horóscopos; y todos caen á una en tristes y siniestras profecías. Ciérranse las puertas de los zacatines y ábrense las puertas de las alcazabas. Los atambores truenan como la tormenta; los atabales gritan como si de cada uno de sus gritos se desprendieran fulminantes iras. Aquí el pueblo escucha á un profeta que maldice; y allá á un ciego que canta elegías de profundísima tristeza. Cada granadino empuña un arma. Las torres se erizan de lanzas como para un largo sitio. El Albaicín resuena cual pudiera campamento grande ocupado por in-

numerables ejércitos. La plaza de Bibarrambla tiene todo el aire de un campo de batalla. Por aquí los abencerrajes hablan de su venganza, y despiden de los anchos pechos, encendidos á manera de fraguas, siniestros resuellos de muerte. Por allí los zegríes preguntan si aquel será el día último de su rey y de su reino. Por allá los almoraides, gomeles y gazules se esperezan y aprestan con la salvaje alegría de quien busca en el combate las satisfacciones del combate mismo. La tierra resuena con siniestra resonancia; las armas vibran con vibración que espanta; las miradas despiden relámpagos de ira; las voces de mando y los conjuros de rebelión producen un estruendo en el cual creeríais oír carcajadas de epilépticos y clamores de náufragos, y maullidos de cuervos, y respiración de voraces incendios, confundiendo con rumor de nubes tonantes; la ciudad entera tiene el vértigo de la guerra y se resbala como una sola víctima por el borde oscurísimo de la muerte, al relucir de las cimitarras, al chasquear de los látigos, al correr de los bandos, al rugir de los mosquetes, al resollar de los odios, pues parecía haber llegado el día apocalíptico del supremo y último juicio. Imposible que en tal efervescencia no se empeñe inmediatamente el combate y que en tales combates no se pasee inmediatamente la muerte. Los bandos allí no luchan en pró de tal ó cual causa, movidos de tal ó cual razón, sino para desahogar el odio inextinguible sentido por cada cual contra su sendo

enemigo. Así, éste cuenta la historia de sus contrarios y los execra y jura su exterminio; aquel saquea una casa y reparte sus tesoros como pudiera repartir rico botín de reciente correría; entra un faccioso en casa de su rival y degüella la familia entera sin perdonar ni las mujeres del haren ni los niños de pecho; corre un criminal y pega fuego al edificio que le parece señalado á la quema por recuerdos y sentimientos añejos; cada cual se apercibe á la ofensa y á la defensa; surgen las barricadas como cráteres de otros tantos volcanes; empéñanse las luchas parciales al arma blanca, á brazo partido, cuerpo á cuerpo; los combatientes respiran odios horribles, las matanzas siembran víctimas por todas partes, los heridos se quejan y los victoriosos rujen; lanzan sus últimos extertores los moribundos; y de montones hacinados de cadáveres salen como arroyos de sangre, iluminándose todo del chispear de los fognazos y del relucir de los incendios, como si hubieran desentrañado al infierno para verterlo sobre la tierra. Y entre tanto Hacem y Zoraya, recostados en cojines de damasco, miran á Granada y el esplendor incomparable de su vega y de su cielo.

— Siempre ha sido el paraíso; desde hoy será el paraíso del amor.

Dice el Sultán.

— ¿No oyes disparos? ¿No nos trae el aire gritos? ¿No vibran en tus oídos las lanzas? ¿No llega hasta ti un rumor siniestro?

Preguntó la favorita al Sultán.

—Algaradas de la ciudad, contiendas civiles frecuentes en sus barrios.

Respondió con verdadera indiferencia el Sultán, como si no comprendiese que todo aquel tumulto se dirigía contra el sitio en que estaba y contra la hermosura que tenía á su lado.

—Terrible cosa ser Sultán y encontrarse expuesto siempre á tales guerras; con el alma pendiente de un hilo; con la existencia propia vendida y vendida también la existencia de las personas queridas. ¿No es verdad que debe ser cosa difícil de soportar en los hombros la carga de un Estado y en las sienas el peso de una corona?

—Muy difícil. ¿Tú no quisieras ser Sultana?

—No.

—¿Por qué?

—Porque para ser sultana, deberías tú ser Sultán.

—Y si fuera yo Sultán ¿qué?

—Si fueras tú Sultán, tendría yo celos de Granada.

—¡Celos!

—¡Oh! Los tengo de la flor que hueles, porque me roba parte de tu aliento; y del ave que miras, porque me roba parte de tu mirar.

—Sois muy celosas, vosotras, las cristianas.

—Lo somos; y por eso no consentimos que el amor reservado para nosotras pueda compartirse con ninguna otra mujer.

—Miren la cristiana. Ya sabes que en la tierra

no hay mujer ni en el cielo hurí capaces de competir contigo.

—¿Por qué, por qué no abrazar mi religión la cual nos uniría indisolublemente en esta y en la otra vida?

—Mil veces te dije que pedirme esto, equivale á pedirme la muerte.

Al decir semejantes palabras, el terrible fragor se aumenta y se acerca; á la puerta de la estancia, donde están los dos amantes, suenan fuertes golpes, y una voz grita:

—Sultán, Sultán.

—¿Quién me llama?—Responde con verdadera indignación el Sultán.

—Hacem, Hacem.—Grita otra voz con angustia.

—Dios mío—exclamó Zoraya levantando los ojos al cielo, ahora lo comprendo todo. Tú el Sultán, tú Hacem.

—Yo, yo; vida mía.

—¡Oh, Dios mío! Estoy perdida.

Y un sollozo horrible partía el pecho de Zoraya.

—¿Por qué? ¿Por qué? vida mía.

—Y lo revelas cuando ya no tiene remedio.

—¿Qué quieres?

—De saber que eras el Sultán, hubiese antes mil veces abierto mi pecho á la muerte que al amor.

—Ya no tiene remedio. El hado se ha cumplido inexorablemente en nosotros como en las últimas criaturas. Desde las eminencias del trono te vi en las mazmorras de la servidumbre y te amé. Has

caído en mis manos y no puedes, no, de mi lado separarte, ni en esta ni en la otra vida.

—Hé ahí, Hacem, la causa de mi tristeza. En la ruina de todos los objetos caros á mi corazón salvóse como por milagro el culto al Dios de mis padres. La voz de mi conciencia me dice á gritos que por ese culto vamos en este mundo á la felicidad y en el otro mundo á la bienaventuranza. Soñé con hacerte cristiano para que ni la otra vida pudiera separarnos. Y ahora, comprendo con cuánta razón me decías que proponer el convertirte á mi creencia era tanto como proponerte el morir. Un Sultán, por motivos incontrastables, no puede ser lo que podría ser el último mahometano converso. Déjame llorar mi pena hasta enternecer, si fuera posible, las piedras de este pavimento. Déjame dolerme de haber puesto mi pensamiento en quien tiene á la continua embargado el suyo en cosa tan grande como el granadino reino. Déjame quejarme de que en en mi corazón sólo quepa el amor á ti mientras en tu corazón sólo cabrá el amor de Granada. Déjame reconvenirme por no haber adivinado cómo tu grandeza jamás podría concederme el título honroso de esposa, sino el despreciable de manceba. Déjame herir con mis gritos el cielo, ya que en la vida nos separa un haren y en la muerte un sepulcro, y en la eternidad una creencia. Preferiría mil veces haberme encontrado en el camino de la vida al último jornalero de la Vega ó al último mercader del Zacatin para amarlo con el amor que siento por el rey

de Granada. En pobre cabaña podía estar siempre junto á mi amador, en estos inmensos palacios todo nos separa, desde la distancia material en nuestras habitaciones hasta la distancia moral en nuestras dignidades. Y luego, renunciar á que tengas mi fe es tanto para mí como renunciar á la prueba única de la intensidad de tu amor. Virgen, Virgen Madre, intercede con tu hijo y mi Dios para que perdone á esta cuitada.

Y al mismo tiempo que Zoraya decía estas palabras entrecortadas con amargos sollozos, la rebelión lanzaba lo más siniestros rugidos; y á la puerta de la cámara real se redoblaban los golpes y se oían llamamientos llenos de angustia al Sultán y á su autoridad.

—No puedo ocultarte cuanto sucede, Zoraya, por lo mismo que estoy decidido á morir á tu lado. Ese rumor que avanza, indica tempestuosa nube de cólera, próxima á descargar sobre mi frente. Granada cree que su rey, que su caudillo, que su defensor se ha pasado á la religión de esos nazarenos, cuyas palabras la ofenden, cuyas espadas la hieren, cuyas huestes la devastan. Y alzada en armas, viene aquí á pedir cuenta de este atentado á sus leyes, que de ser verdad, fuera grave siempre, y mucho más grave en estos días de dolor y desventura. Zoraya, nada podría complacerme tanto como seguirte, no ya en tus creencias, en tus supersticiones. Donde quiera que te encuentres, se encuentra el cielo contigo. Pero tienes razón, el

destino me colocó en el trono. Y en el trono debemos nuestra voluntad y nuestra conciencia al pueblo. Abandonar su religión equivaldría á abandonar su corona. Abandonar su corona en esta edad de desgracia, equivaldría á una traición castigada por la historia con maldiciones horribles, tan horribles como las mismas penas del infierno. No solamente necesitas renunciar á toda idea de convertirme á tu fe, sino que para salvar mi vida, para salvar mi nombre, para salvar mi honor, necesitas, cuando esa puerta se abra, y esa turba ya incontrastable penetre por ahí, proclamar en voz alta que has renegado de tus creencias y que perteneces á la religión de mis padres.

—¡Oh! Jamás—gritó Zoraya, retorciéndose los brazos,—pídeme si quieres la vida, tuya es; pero no me pidas el alma, no me pidas una fe que sólo pertenece á Dios.

—No insisto, Zoraya. Lo quieres; cúmplase tu voluntad. Habré pagado medio año de amor con el trono, con la vida, con la honra; no me parece caro. Te he propuesto optar entre tu conversión y mi muerte. Sea. Muramos.

Y Hacem se dirigió á la puerta que se bamboleaba. El rumor de la pelea crecía con espantoso crecimiento, porque el motín se aproximaba cada vez más al mágico palacio. Los gritos de la servidumbre, que toda entera temía un degüello implacable, redoblaban al compás que redoblaba la tonante voz de aquella tempestad. Zoraya comprendió todo el

peligro en que su amado se encontraba y se dirigió á la salida de la estancia para detenerle. Mas Hacem, resignado á su destino, le respondió con amarga sonrisa,

—Deteniéndome nada consigues, sino agravar el peligro é impedir la defensa.

—Hacem ¿dónde vas?

—Si me hubieras oído á la victoria. Me desoyes y voy á la muerte.

—¿De veras? ¿Tu victoria consiste en mi conversión?

—En tu conversión.

—¡Oh! Perdóname. Pero...

—No me des más razones. El deseo de Zoraya prefiere la fe de sus padres á la vida de su esposo; pues cúmplase el deseo de Zoraya. Voy á morir; y me es dulce morir, vida mía, por tu satisfacción y tu paz.

—Hacem, Hacem, me matas.

—¿Qué quieres? Para los momentos supremos se necesitan las supremas resoluciones. Me resuelvo á morir. Solamente, oh Zoraya, te pido que, al espirar, dejes convertir á ti los ojos y beber en mi último suspiro tu aliento. Adios. Voy á morir; pero no te separes de mi lado. Seguramente me sobrevivirás. Ningún árabe osará poner la mano sobre una dama como tú. Se lo impedirá, además de su propia generosidad, el temor al juicio de sus enemigos. Pero, ya que muero por ti, júrame no ser jamás de hombre alguno en la tierra.

—Moriremos juntos. Si no hay quien me mate, me mataré yo misma. Pero siento la muerte, no por el fin de una vida que desde hoy me será odiosa, sino por el principio de una separación que ha de ser eterna.

—No hay tiempo que perder; abramos.

Y Hacem abrió de par en par las puertas. Y en cuanto las abrió entraron el vizir y el esclavo georgiano con gran golpe de servidores y de esclavos. Y aún no habían entrado, cuando la pelea se esparció por el ameno jardín, asaltadas todas las murallas. Los enemigos de Hacem subían con ímpetu y los amigos de Hacem pugnaban por detenerlos. Cada paso costaba un combate y en cada combate morían á veces todos los combatientes, reemplazados en seguida por otros de refresco, no menos valerosos, no menos exaltados y no menos tenaces. Aixá y Boabdil, la mujer y el hijo de Muley, habían escogido el camino cubierto que conducía desde la Alhambra al camino de la quinta, creídos de que iban á recoger la codiciada corona caída de la frente altísima sobre la cual luciera hasta entonces. Poco después que los azorados servidores, entraban ellos airoso y triunfantes como quien corre á realizar una antigua venganza. En cuanto toparon con Hacem, Boabdil se retiró confuso, mientras Aixá se adelantó como una tigre, y mirando alternativamente al Sultán y á la favorita echó por aquella boca toda suerte de injurias.

—¿Con que el monarca de este reino abraza la

religión de los nazarenos, convertido por la gracia de esa fregona que lavara mis tazas y barrera mi cuarto? No contento con entregar nuestro reino á las conversas cristianas, entrega nuestras almas á los demonios y al infierno. Venid, musulimes, decía volviéndose á cuantos la rodeaban, venid y veréis la muerta resucitada. Morir no sabe la perra, pero sabe matar. Como que ha clavado sus uñas de gata en el corazón de Granada. Como que ha prometido entregarnos á todos y ya nos ha comprado por unos cuantos besos en los lascivos labios de ese adúltero. Castigo á los malvados y venganza para Alah; ó no hay ya ni granadinos ni Granada, ni musulimes en el mundo. Muley se ha casado con una cristiana y so ha convertido al cristianismo. Muera Hacem; viva Boabdil.

Los ojos de los mayores amigos del monarca centelleaban odio al verlo preso de una cristiana y próximo á convertirse al cristianismo. Los alfanjes lucían siniestramente en las manos teñidas de sangre. Las vociferaciones tomaban el estridor de amenazas. Muley Hacem, lo mismo que Zoraya, estaban bajo una sentencia de muerte, y todo dependía de aquel supremo instante. Los servidores más fieles del monarca temblaban á su lado: el tímido Boabdil se acercaba á ellos suspenso de las sendas miradas que le dirigían sus padres; Zoraya gemía junto á Hacem, que elevaba más la frente á medida que crecía el peligro; Aixá triunfaba, dando á su triunfo los visos de provocación y de insolencia

congénitos á su altivo carácter y á su exaltado temperamento; los partidarios de esta mujer batalladora se conocían en la arrogancia y los partidarios de Muley en el desmayo cuando éste, movido de inspiración súbita, se adelantó y dijo.

—Granadinos, me he encerrado aquí para que vierais con vuestros propios ojos y tocarais con vuestras propias manos la familia que tengo. Enemiga la esposa del esposo, enemigo el hijo del padre, además de herir las leyes de Dios que les mandaban acatamiento á mi voluntad, hieren las leyes del reino rebelándose contra su natural monarca y señor. Así, me han calumniado y han hecho prevalecer entre vosotros la calumnia. Han dicho que yo tenía una mujer cristiana, cuando esta mi mujer, si nacida en el cristianismo, ha abrazado la religión mahometana. Que lo confirme ella misma.

Y Hacem se volvió á Zoraya mirándola como puede mirar el náufrago la última esperanza de salvación. Y Zoraya adelantándose en medio de la estancia exclamó:

—Es verdad cuanto dice Hacem. Soy musulmana. No hay más Dios que Dios y Mahoma es suproeta.

Jubiloso grito recorrió en un momento desde la estancia del Sultán al jardín de los Alijares, del jardín de los Alijares al jardín del Generalife, del Generalife á la Alhambra, de la Alhambra á la Alcazaba, de la Alcazaba al Albaicín, del Albaicín, á Bibarrambla, de Bibarrambla á toda Granada, de Granada á la Vega.

—Alfaquíes, santones, jueces, capitanes, ya lo habéis visto. Mi hijo Boabdil es rebelde. Debería darle muerte; le doy una prisión. Mi mujer Aixá es más rebelde aún. Debería perderla para siempre; me contento con repudiarla desde ahora y recluirla en la prisión de mi hijo. Muslimes, Granada por el Sultán Hacem y la Sultana Zoraya.

Y este grito se repitió por toda la ciudad y por toda la Vega, mientras iban Boabdil y Aixá á su dura prisión en la torre de los Siete Suelos.